

LAS FÁBRICAS ESPAÑOLAS
DE CERILLAS DEL SIGLO XIX Y SUS ETIQUETAS

ENRIQUE MURILLO CAPITÁN
MARÍA LUISA MURILLO SANROMÁ

LAS FÁBRICAS ESPAÑOLAS
DE
CERILLAS DEL SIGLO XIX
Y SUS ETIQUETAS

Una rara manifestación de la estampa popular



SEVILLA 2015

Serie: Historia y Geografía
Núm.: 288

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)

Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada

Juan José Iglesias Rodríguez

Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros

Isabel López Calderón

Juan Montero Delgado

Lourdes Munduate Jaca

Jaime Navarro Casas

M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado

Adoración Rueda Rueda

Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla y de la Fundación de Cultura Andaluza.

Imagen de cubierta: Incendio de la conocida fábrica de la Sirena.

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2015

Porvenir, 27 - 41013 Sevilla

Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443

Correo electrónico: eus4@us.es

Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© FUNDACIÓN DE CULTURA ANDALUZA 2015

© De los textos:

ENRIQUE MURILLO CAPITÁN

MARÍA LUISA MURILLO SANROMÁ

© De las fotografías:

ENRIQUE MURILLO CAPITÁN

Correo electrónico: enriquemurillo@gmail.com

Impreso en España-Printed in Spain

Impreso en papel ecológico

ISBN: 978-84-472-1550-8. Editorial Universidad de Sevilla

ISBN: 978-84-934265-3-8. Fundación de Cultura Andaluza

Depósito Legal: SE 296-2015

Maquetación e impresión: Pinelo Talleres Gráficos, S.L. Camas - Sevilla

JUSTIFICACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

La vida nos trae y nos lleva y va dejando vestigios en nuestras casas en forma de libros y papeles que se van acomodando en los huecos libres. Como cuando se es joven siempre parece que habrá muchas ocasiones futuras para darle a aquello la oportunidad de justificar la razón por la que fue guardado, tendemos a acumular demasiados. Cada cierto tiempo hay necesidad de sacarlos de donde yacían tan cómodos e imperturbables porque los huecos se han agotado y necesitas hacer sitio para otros. Y entonces puede ocurrir, rara vez, que no sepas bien porqué guardaste aquello, porque es algo que apenas merece el espacio que ocupa: son libros menores o papeles y proyectos a los que no le encuentras, ahora, mayor sentido y se nos aparecen como claros candidatos a dejar nuestra compañía. Una cosa menos. Y con algo de inquietud lo llevamos al trastero o directamente lo ponemos en la bolsa destinada al contenedor.

Pero hay cosas de las que nunca te desprenderías. Incluso de las que nunca te alejarías demasiado. Sabes dónde están, ya no son una sorpresa para ti porque en algunas vacaciones las has sacado de su sitio y las has mirado con placer. Nunca te desmerecen y deseas reencontrarte con aquellos antiguos papeles.

Un preámbulo largo para decir que, a poco de iniciar una convalecencia postoperatoria, caí en la tentación de coger los viejos álbumes. Es fácil ser aficionado al papel efímero de mayor o menor prestancia: desde los pequeños y charolados billetes de ómnibus a los cromos troquelados, o a los magníficos que editaban los grandes comercios europeos con publicidad al dorso —como el parisino Au Bon Marché o los Liebig's alemanes— o, y es el caso, a las humildes etiquetas que decoraban las primeras cajas de fósforos... Todo un mundo de papel menor del siglo XIX destinado a desaparecer tras el breve momento de goce que su primera presencia producía y que una mano cuidadosa, y seguramente desocupada, lo rescató para nosotros hace 150 años: guardó el cromo o la etiqueta y, cuando reunió suficiente cantidad, los pegó ordenada y limpiamente en un álbum. Estos son los que tengo ahora sobre la mesa. Alguno me llegó por vía familiar, otros los fui adquiriendo. Causa cierta tierna perplejidad contemplar estas imágenes ingenuas que fueron capaces, en su precariedad, de resistir a su destino. Uno de tantos intentos, esta vez con éxito, de perpetuar lo fugaz.

Algunas de esas imágenes están catalogadas internacionalmente y son muy apreciadas, pero otras no gozaron de esa difusión internacional y permanecen anónimas, humildes,

ignoradas, solicitando amparo. Es lo que ocurre con las etiquetas de cajas de cerillas españolas del XIX. Yo las miraba y veía que, por sus características tipográficas y por los tipos y escenas que reproducían, debían de haber sido emitidas en décadas distantes. Algunos de estos álbumes han tenido que ser completados por dos generaciones y recogen viñetas de muchos sitios de España. Algunas de ellas exhibían marcas de fábricas sevillanas de fósforos ¿Cuántas fábricas habrían existido en Sevilla, dónde, en qué años, quiénes sus dueños? Seguramente que existirían más álbumes de estos... Seguramente que habría otras personas también sorprendidas por la variedad y riqueza de aquellas imágenes que retrataban en su conjunto una forma de cultura popular casi desconocida. Como diría un político de ahora, era necesario que “alguien las pusiera en valor”, sólo que yo no quería exactamente eso sino sólo conocerlas y comprenderlas, y así dotarlas de significado.

Poco sabemos de este universo de imágenes, por diferentes razones: porque si hablamos de la industria fosforera, como si hablamos de las cererías o de las jabonerías sevillanas y españolas, hay que aceptar que es un tema de interés muy restringido, y si de las etiquetas en que venían envueltas las cajas de cerillas, que es un asunto baladí. No son muchas las personas interesadas en el estudio del papel menor. Salvo los romances y pliegos de cordel, probablemente por parecer más académicos, en España apenas se les ha prestado atención a esas manifestaciones de la cultura popular. Aunque cada vez es mayor el interés que despiertan, estas etiquetas aún siguen ignoradas y sólo en manos de coleccionistas.

Y así empecé y descubrí que estas aficiones, que se conocen internacionalmente como filumenística, fueron denominadas por la Sevilla del siglo XIX como capsofilia, un neologismo de evidente etimología: afición a la caja –de cerilla, claro–. Contacté con personas interesadas en el tema: algunas desde hacía más de treinta años y otras habían realizado un minucioso y meritorio estudio catalogando las etiquetas de las cajas de cerillas que aparecieron tras el nacimiento del Gremio de Fabricantes de Fósforos y Cerillas de España en 1892. Pero las anteriores a ese año no estaban estudiadas y ¡son miles! Toda una invitación a visitar el Archivo Municipal de Sevilla y otros, por si quedaban restos documentales de la existencia de aquellas fábricas sevillanas, la Biblioteca Nacional y museos, por si custodiaban etiquetas, y a bucear en la escasa bibliografía relacionada con el tema, alguna de difícil acceso por haber sido publicada en un ámbito reducido, no venal y/o de escasa difusión. Consulté obras industriales, científicas, médico-químicas y de literatura costumbrista buscando datos relacionados con el tema y siempre que fue posible le di preferencia a obras del XIX que necesariamente aportaban una visión más contemporánea del siglo que íbamos a analizar.

Sería un error juzgar este libro como si fuera un trabajo universitario: el libro fue saliendo arrastrado por unas notas que fui tomando para mi propio conocimiento. Las notas se fueron acumulando y me pareció que era obligado darles salida y, porque no

careciera de una mínima formalidad, tuve que, a toro pasado, reidentificar la bibliografía. Y, al final, lo que empezó como un divertimento de ratos libres se convirtió en un compromiso.

Como no he encontrado nada específicamente escrito sobre las fábricas de fósforos sevillanas ni sobre las etiquetas españolas del XIX, sirva este trabajo para iniciar su conocimiento. Nada agradecería más que si alguien está interesado en el tema contactara conmigo; probablemente tendrá algo, o mucho, que aportar para confirmar, para corregir, para completar datos: sin lugar a dudas el libro debe ser expurgado. Y si alguien dispone de uno de aquellos viejos álbumes y me permite estudiarlo sería para mí una gran satisfacción.

Sería injusto no mostrar aquí mi agradecimiento a algunos de los descendientes de los dos grandes fabricantes de fósforos sevillanos, Enrique Ramírez y Concepción Carreño, que me facilitaron datos con una gran amabilidad, sobre todo a May Prieto-Carreño, Ignacio Fernández Ramírez y Diego Algarín Ramírez que aún conservan vivo el recuerdo de sus ascendientes. También a José Almuedo Palma, que me dejó unas fichas sobre industrias del XIX sevillano y a un buen estudioso del tema, Gómez Pradera, que me aportó información y me contagió su entusiasmo. Y, sobre todos, a una excelente funcionaria de la Biblioteca Nacional, Rosario Ramos Pérez, que me orientó con sus consejos e iniciativas y a mi amigo Antonio Duque, que me ayudó en la revisión del texto.

Filnalmente, gracias a Pinelo Talleres Gráficos y especialmente a Fernando Fernández Silva por su decidido empeño profesional en la confección de este libro y a la Editorial Universidad de Sevilla, por el esmerado seguimiento que ha hecho de esta obra hasta llevarla a la imprenta.

A todos ellos, gracias.

ENRIQUE MURILLO CAPITÁN

PRESENTACIÓN

Aunque este libro contiene muchos datos de primera mano, los primeros capítulos son recopilatorios de una heterogénea bibliografía que aquí se ordena y estructura. Nos pareció que era obligado ahorrarle esfuerzos al lector interesado, presentándole, de una manera resumida, lo que podría encontrar en otros sitios de una manera inconexa, frecuentemente contradictoria y siempre dispersa. Esta fue la razón de los primeros ocho capítulos.

Los tres primeros tratan de generalidades sobre el descubrimiento o invención del fuego. El procedimiento habitual de obtención del fuego en Europa hasta bien entrado el XIX consistió en el golpeo de un trozo de hierro (eslabón) contra una piedra (sílex o pedernal) para desencadenar una chispa que prendiera en un inmediato material combustible. El procedimiento era tan engorroso que, una vez obtenido el fuego, era preferible mantenerlo. Y cuando hubo necesidad de trasladarlo con facilidad en el ámbito doméstico, fundamentalmente para la iluminación de la casa, surgieron múltiples objetos, desde candiles a velas y bujías que conseguían estabilizar una llama transportable. Y cuando se inventó el fósforo y se vio la conveniencia de encerar el vástago, las cererías, que habían sido industrias poderosas y respetables durante siglos, vieron en esta mínima labor una nueva oportunidad de trabajo. Esta confluencia de la industria fosforera con las cererías facilitó que algunas de éstas se convirtieran en las primeras grandes fábricas de cerillas. Pero antes había sido necesario descubrir el fósforo –el más importante elemento constitutivo de la cabeza de la cerilla– así como su procedimiento de obtención industrial.

Los capítulos IV al VIII son una historia de la invención de la cerilla. Desde los últimos años del siglo XVIII se venía persiguiendo la consecución del fuego sin tener que recurrir al choque del eslabón y el pedernal. Fueron muchos los intentos, y es curioso que, aunque los nuevos procedimientos se basaban en procesos químicos o físico-químicos muy alejados del simple choque de dos cuerpos, a esos complejos procedimientos nuevos se les siguió llamando eslabones (la pesada inercia de las palabras...). Finalmente, hacia 1833, aparece la primera cerilla tal como hoy la conocemos: un vástago que sostiene una cabecilla de fósforo que por fricción entra en combustión produciendo una llama. Este inventillo dio origen a una industria poderosísima que gastó tiempo y dinero en perfeccionar sus productos. El procedimiento de fabricación de los fósforos

fue evolucionando, así como la forma de presentación al público. Para hacer el producto más atractivo aparecen las etiquetas con las que se decoran las cajillas. Pero no todo fueron ventajas. Los trabajadores, en su mayoría mujeres y niños, tuvieron que manejar un producto altamente tóxico en abrumadoras jornadas de trabajo y pagaron por ello un alto precio: desde envenenamientos agudos a toxicidades crónicas, desde accidentes laborales por explosión e incendios a sufrir una de las primeras enfermedades profesionales. Fue la página más negra de esta historia.

Los capítulos IX al XII, junto con el XV, pudieron constituir un único libro dedicado a la aparición de la cerilla en España, sus fábricas y titulares, sus etiquetas, así como la evolución de su comercialización. Pero hubiera sido sumamente pretencioso. Sólo con monografías locales se puede plantear hacer una historia de la fabricación de la cerilla en España en el XIX, que aquí sólo hemos intentado esbozar. Ni siquiera eso: sencillamente facilitamos datos, interpretaciones y etiquetas que a otros puedan orientar. Apuntamos las que pudieron ser las primeras fábricas, así como la comercialización de sus labores, la aparición de las marcas, los conflictos, la competencia y el asociacionismo patronal.

En los capítulos XIII y XIV desarrollamos uno de los objetivos de este libro. Un primer intento de facilitar el conocimiento de las etiquetas de las cajas de cerillas, cuya vistosidad dio lugar al primer fenómeno de coleccionismo popular de imágenes de papel efímero (la filatelia no aparecerá sino hasta 10 años después, cuando en 1850 comiencen a emitirse los primeros sellos de correo). Se da cuenta de la importancia de la imagen de difusión masiva que por primera vez aparece en la historia. Se estudian los ilustradores y sus fuentes de inspiración y se da una relación de las colecciones sevillanas que fueron citadas en la Guía de la Ciudad como dignas de ser vistas. Aunque al hablar de las fábricas españolas y sevillanas no dejamos de hacer referencias a sus etiquetas y de acompañar el texto con estas imágenes, hemos dedicado estos dos capítulos a los detalles de las etiquetas en que debemos fijarnos para sacar toda la información posible, a las razones por las que aparecieron y al fenómeno del coleccionismo. Finalmente damos una orientación sobre los criterios que podrían seguirse en la lectura y catalogación de este abigarrado mundo de imágenes.

Finalmente, los capítulos XVI al XVIII están dedicados exclusivamente a Sevilla. Presentamos una muy breve panorámica de la Sevilla que vio nacer sus fábricas de fósforos (1840-1900); es un resumen de la situación económica, higiénica, social y política, fundamentalmente municipal, de la ciudad, que nos permita dibujar el marco en que aparecen estas fábricas: una industria peligrosa intramuros de la ciudad, a la que llegamos a conocer a través de muy distintas fuentes y que nos permiten dar una relación de titulares relacionados con el mundo de los fósforos y cerillas, sus marcas y las direcciones fabriles y comerciales (despachos y depósitos) así como la época en que, con seguridad,

estuvieron activas. Tuvimos la tentación de desgajar estos capítulos y convertirlos en una monografía aparte. Había sobradas razones para hacerlo: las fuentes de información y la metodología empleadas bien pudieran servir, sin presunción, de modelo a seguir para el estudio en otras localidades. Sobre todo a la hora de aconsejar pistas para obtener información: las Guías de la Ciudad, donde sea posible, el Archivo y Hemeroteca del Ayuntamiento o de su Cámara de Comercio –o similar–, los Boletines de la Provincia o de la Propiedad Intelectual e Industrial, las Ordenanzas Municipales por actividades insalubres y peligrosas, las noticias de siniestros por fuego, las cererías... son todas pistas, unas más fiables que otras, que seguramente se mostrarán fructíferas.

ENRIQUE MURILLO CAPITÁN

MARÍA LUISA MURILLO SANROMÁ